

cencia desordenada. El mismo Martínez Sierra, que defiende la existencia de concupiscencia en Santa María, matiza diciendo una cosa obvia: «No cabe duda que esta santidad extraordinaria en María tuvo que tener su repercusión en la forma de sentir y de dominar los movimientos que provenían de la concupiscencia» (p. 102). Exactamente eso es lo que dicen quienes niegan que en la Virgen hubiese *fomes peccati*. Y esto no significa negar que Santa María tuviese tentaciones y que necesitase de una fortaleza heroica para vencerlas.

Martínez Sierra aduce un ejemplo que ayuda a esclarecer cuanto venimos diciendo: el ejemplo de las tentaciones de Cristo: «La tentación es evidente que empuja al pecado, pero no es pecado. Jesús padeció tentaciones de verdad y así se asemejó más a la vida de los hombres (...) En Cristo la tentación no arroja ninguna mancha en su santidad. ¿Por qué habría de arrojarla en la santidad de María?» (p. 101). Es claro que Cristo padeció fuertes tentaciones, no sólo exteriores, sino surgidas también desde dentro de su Humanidad, como se ve en la Oración del Huerto. Y, sin embargo, estas tentaciones no surgen porque su naturaleza humana padeciese algún tipo de desorden (que padeciese el *fomes peccati*), sino precisamente porque estaba perfectamente ordenada. En Cristo, la resistencia ante el mal y la muerte brotan de lo que en cristología se llama *voluntas ut natura*, es decir, de la resistencia a la propia destrucción que procede de una naturaleza rectamente ordenada. Bien lo hizo notar Tomás de Aquino al hablar de la magnitud del dolor de Cristo (cfr. *STh* III, q. 46, a. 6, ad 4). Basta esto, para que sea necesario poner en juego todas las energías interiores para superar la resistencia de la naturaleza. No hace falta más para que el caminar de Santa María se parezca

verdaderamente a nuestro caminar, sobre todo, si se tiene presente que también ella caminaba en la fe.

Huelga decir que encontramos en este libro páginas brillantes y con formulaciones precisas (cfr., p.e., pp. 12, 29-30 y 34). Una última anotación. En la página 51 se aduce una cita de San Gregorio de Nacianzo como si fuera de Gregorio de Nisa.

Lucas F. Mateo-Seco

Giuseppe DAMIGELLA, *Il mistero di Maria: teologia, storia, devozione*, Città Nuova, Roma 2005, 282 pp., ISBN 88-311-7472-X.

Nos encontramos ante una breve, completa y accesible presentación de todas las cuestiones referentes a Santa María. Damigella comienza su estudio con unas páginas dedicadas a la naturaleza e importancia de la mariología, para centrarse después en los rasgos fundamentales de la presencia de la Madre de Jesús en la Sagrada Escritura y en los Padres de la Iglesia. El lector encuentra aquí un resumen interesante del origen y del significado del término *Theotokos* (pp. 118-120). El Autor presenta a continuación una síntesis de la reflexión teológica sobre la Virgen desde el Medievo hasta el Concilio Vaticano II. Las páginas dedicadas a este Concilio (pp. 131-139) son un buen resumen de la enseñanza conciliar y ponen de relieve el fuerte subrayado que hace el Vaticano II de algunos temas marianos que serán desarrollados por extenso en el magisterio de Juan Pablo II, como son la relación de Santa María y la Iglesia y su colaboración a la obra de la salvación. El Autor dedica después un capítulo a los cuatro dogmas marianos: Maternidad divina, Virginitad perpetua, Inmaculada Concepción y Asunción.

Completando esta visión histórica y especulativa de la mariología, Damigella añade tres capítulos, dedicados respectivamente a María en la liturgia y en la piedad popular, María en el arte, y las apariciones marianas. El Cardenal Salvatore Pappalardo dice en el prefacio que la lectura de este libro es grata e instructiva (p. 5). El libro en efecto contiene de forma sintética todo lo que es esencial en una buena mariología. No es un tratado científico, ni una obra de investigación; su objetivo es hacer accesible a un público culto, no especializado en teología, una visión completa del misterio de la Madre de Jesús y de su papel en la historia de la salvación. Y lo consigue. Una cosa queda clara: el papel de Santa María en la obra de la Redención no se limita al aspecto biológico de su maternidad, sino que es mucho más, pues comprende desde Belén al Calvario y desde el Cenáculo hasta su intercesión en el cielo; por esta razón, la devoción a Santa María es parte irrenunciable de la piedad cristiana.

El libro concluye con un apéndice de gran interés (pp. 242-272). Lleva como título *El Rosario, oración del tercer milenio*. Se trata de unas páginas muy oportunas y prácticas, llamadas a hacer mucho bien. El Autor hace honor con ellas a su vocación de dominico.

Lucas F. Mateo-Seco

Félix María AROCENA, *El altar cristiano*, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2006, 250 pp., 15 x 21, ISBN 84-9805-146-0.

Con el presente ensayo el Autor se propone alcanzar una comprensión teológica de la identidad del altar cristiano, en cuanto signo altamente expresivo del acontecer litúrgico de la Iglesia. Una segunda intención de este trabajo es la de

rellenar el vacío bibliográfico existente, sobre todo en lengua castellana, en relación con este argumento. El lector encontrará además en uno de los Apéndices del libro una breve pero cuidada selección bibliográfica, ordenada por temas, que recoge las principales publicaciones de las que disponemos hasta la fecha.

El Prof. Arocena inicia su investigación examinando en el primer capítulo del libro los principales datos de los que disponemos sobre la historia del altar cristiano para conocer las diversas concepciones y realizaciones que éste ha tenido a lo largo del tiempo hasta nuestros días.

Sobre esta base afronta, en el segundo capítulo, el análisis teológico de las fuentes bíblicas, patrísticas y litúrgicas que hacen referencia al altar, y que previamente ha ido seleccionando y presentando con rigor y equilibrio. Este análisis es la parte central y más importante del trabajo, en la que no faltan reflexiones originales y muy sugerentes como el estudio de los ritos que acompañan a la dedicación del altar. La conclusión final abre las puertas a una interesante reflexión de tipo cristológico-cultural en la que se pone de relieve que el altar es signo de Cristo, y que esta realidad es inseparable del hecho de que en El se identifican el ser sacerdote, víctima y altar; lo cual constituye una revelación de su identidad teándrica.

El Prof. Arocena concluye el trabajo con dos capítulos dedicados respectivamente a explorar las implicaciones de esta «teología del altar» en los ámbitos de la espiritualidad y de la pastoral. El Autor muestra cómo la vida cristiana está profundamente marcada por su relación con el altar a través de tres dimensiones: el cristiano es «altar de Dios», el cristiano ofrece en el «altar del